

Democracia amordazada

Las máscaras de Covid son un potente símbolo de la precipitada huida de Occidente de los valores de la Ilustración.

Por Peter Hitchens

The Critic

Octubre de 2020

El largo retiro de la ley, la razón y la libertad se ha convertido ahora en una derrota. Fue causado por muchas cosas: la histeria colectiva que floreció después de la muerte de la princesa Diana; la evisceración de la educación; la difusión de códigos de discursos intolerantes destinados a imponer una opinión única a la academia y al periodismo; el incesante pánico patrocinado por el Estado por el terror; el colapso y la decadencia de instituciones y tradiciones.

Todos estos por fin han fluido juntos en una sola fuerza, y parecemos impotentes contra ella. Absurdamente, el momento en el que han alcanzado la máxima potencia es accidental, una respuesta de pánico salvaje y desproporcionada a una epidemia real pero limitada.

Fuera de la guerra total y sus obscenidades, no hemos visto lo que estamos viviendo ahora. Enumerar los acontecimientos constitucionales de los últimos meses es preguntar a las complacientes clases parlanchinas de Gran Bretaña qué les recuerda: la neutralización del parlamento en un sello de goma controlado por el ejecutivo; la muerte del pluralismo político; la introducción del gobierno por decreto; la desaparición de los últimos vestigios de una función pública independiente; el silencio ante estos hechos de medios y tribunales; la sujeción de la policía a los edictos estatales más que a la ley.

Entonces, aquellos que durante años se han opuesto a la censura del campus pero que ahora guardan un extraño silencio deberían enumerar ciertas consecuencias para los ciudadanos individuales: la cancelación de su libertad incondicional de movimiento; arresto domiciliario efectivo; castigo arbitrario; desempleo forzado; restricciones en viajes internos; interrupción de la vida familiar, incluida la separación obligada de los cónyuges vivos al final de sus vidas, y la prohibición de asistir a funerales; la abolición de la libertad de reunión.

Añádase a esto una brecha en la vida de la sociedad civil durante tanto tiempo que todas las instituciones y corporaciones independientes restantes han sido heridas permanentemente, y los hábitos de un país libre han sido olvidados y atrofiados. Añádase también el cese obligatorio del culto religioso, la anulación real de la Pascua, la mayor y más subversiva de todas las fiestas cristianas; la prevención o castigo severo de reuniones de todo tipo (excepto las aprobadas selectivamente por las autoridades) y la supresión de la educación; la introducción del discurso obligado, a través del uso forzado de cubrimientos faciales que señalan públicamente tanto la rendición al estado como la aceptación de la política utópica y acientífica que guía a ese estado.

Me he metido en un lío por supuestamente darle demasiada importancia al último de estos. Quizás porque he pasado tanto tiempo viviendo o viajando en despotismos, entiendo el sentido y la naturaleza de la propaganda masiva mejor que aquellos que no lo han hecho. No está ahí para que esté de acuerdo con él. Está ahí para decirte que eres impotente contra él y debes escuchar sin protestar las mentiras oficiales.

Cada vez es más una desventaja en cualquier debate saber algo sobre el tema en discusión. Este aspecto obvio de los decretos de las máscaras faciales ha eludido hasta ahora a aquellos que apenas han comenzado a vivir como ciudadanos de un estado servil. Sin embargo, me sorprende que tantos no puedan ver, o pretendan no ver, el enorme simbolismo de una población obligada por el miedo al estado a sacrificar gran parte de su individualidad y a adoptar una forma de vestir asociada con la sumisión. A veces me pregunto dónde están todos los freudianos aficionados, normalmente tan dispuestos a ofrecerme un análisis de mis defectos, en momentos como este. Un cigarro es a veces simplemente un cigarro, pero una máscara rara vez es solo una máscara.

El propio gobierno, cuando todavía estaba siendo honesto, admitió repetida y explícitamente en sus propios documentos que estos revestimientos faciales tenían poca utilidad práctica: la ciencia sagrada estaba entonces en contra de ellos. Dijo en un documento publicado el 23 de junio que “la evidencia del beneficio de usar una cubierta facial para proteger a otros es débil y es probable que el efecto sea pequeño” (y ningún experimento desde entonces ha alterado esto).

En cualquier caso, se introdujeron mucho después de que la enfermedad hubiera empeorado. Si estas cosas ciertamente inútiles fueran brazaletes de partido o insignias de solapa, o las pequeñas banderas rojas que los ciudadanos de los países del Pacto de Varsovia se vieron obligados a enarbolar desde sus balcones derruidos en las fiestas comunistas, su propósito sería más obvio.

Pero incluso esas desagradables obligaciones totalitarias carecían de una cosa importante que sí requiere el uso de cubiertas faciales. El Covid Muzzle exige un acto extraordinario de auto-cancelación personal. En una manifestación reciente contra el encierro en Melbourne, se observó a la policía colocando estos bozales a la fuerza en los rostros de los manifestantes arrestados que ya estaban esposados e impotentes para resistir. Los oficiales involucrados, muchos de ellos con pesados chalecos antibalas, ilustraron sin saberlo su verdadero propósito: convertirnos en sirvientes del poder sin voz y sin voz. Es fascinante también mirar hacia atrás las primeras fotografías de prisioneros que llegan a Guantánamo, encadenados y humillados con monos naranjas. Ellos también están usando los bozales azules sobre la boca que, 20 años después, ahora usan los ciudadanos normales en todas partes.

Sin duda, esta auto-abnegación y auto-cancelación atrae a algunos. Mira y verás que algunos los llevan con una especie de orgullo. Pero la mayoría parece desconcertada y cautiva, como si estuvieran mirando a través de una ranura en una pared detrás de la cual se han encontrado atrapados. Y la vista constante -en las calles, en las emisoras, en los comercios y en la televisión- de miles de personas, igualmente reprimidas, mantiene el miedo, la alarma y el pánico que ahora el gobierno debe preservar para el futuro previsible.

Aquellos que piensan que esto es alarmante deben leer un documento asombroso que todavía es muy poco conocido por el público en general. Es un documento presentado al propio comité SAGE del gobierno el 22 de marzo de 2020 y tiene el título “Persuasión”. El segmento clave dice:

Amenaza percibida: un número considerable de personas todavía no se siente lo suficientemente amenazado personalmente; podría ser que se sientan tranquilos por la baja tasa de mortalidad en su grupo demográfico, aunque los niveles de preocupación pueden estar aumentando. Se ha descubierto que tener una buena comprensión del riesgo está asociado positivamente con la adopción de medidas de distanciamiento social Covid-19 en Hong Kong. *El nivel percibido de amenaza personal debe incrementarse entre aquellos que son complacientes* [mi énfasis], usando mensajes emocionales contundentes. Para ser eficaz, esto también debe empoderar a las personas al dejar en claro las acciones que pueden tomar para reducir la amenaza.

Se supone que los documentos de este tipo no deben salir. En tiempos mejores que estos, con medios activos y críticos, este pasaje en particular, con su clara implicación de que era tarea del estado asustarnos para que cumpliéramos, podría haber llevado a la caída del gobierno. Tal como está, le costará encontrar menciones de él en la prensa nacional británica. Están ahí, pero son difíciles de encontrar y no aparecen en las portadas diarias. Esto no se debe a la censura ni a ningún tipo de acción colectiva.

Es porque la mayoría de las personas, habiendo vivido toda su vida en una libertad relajada, son incapaces de creer lo que tienen frente a sus ojos. Es una paradoja chestertoniana que el propio Chesterton nunca escribió: un gobierno que cambia la naturaleza del estado con éxito y sin oposición porque nadie puede creer lo que está viendo, por lo que todo el mundo lo ignora cortésmente.

Esto no pudo haber sucedido, en mi opinión, hace 60 años. La educación rigurosa, especialmente de la élite, había creado en ese momento una clase significativa de personas que sabían cómo pensar y cómo evaluar la evidencia. Siempre habría habido alguien, ya fuera un Tam Dalyell o un Churchill, para señalar la verdadera dirección de los acontecimientos y advertir contra ellos, de forma destacada. Gran parte de la prensa le habría dado espacio a esta casa disidente, en lugar de conformarse obedientemente (con el fin de #ProtectOurNHS). Pero en los años intermedios, una educación tan rigurosa ha sido reemplazada

por un sistema educativo igualitario que enseña a sus estudiantes qué pensar, no cómo pensar. La crítica del pasado es obligatoria, pero cualquier evaluación fría del presente, en la que las nuevas ideas gobiernan con benevolencia, es rechazada e ignorada.

Además de esto, ha habido varios espasmos de pánico y emoción que convulsionaron al país después de que terminó la Guerra Fría. Fueron profundos ataques a la razón. También fueron ataques contra un gobierno limitado y el estado de derecho, que se basan en gran medida en el poder de la razón. A la mayoría de la gente le gusta tener miedo de algo, y a muchos les disgusta la libertad y la responsabilidad que conlleva. Todos los honestos lo admiten.

Una vez, antes de Charles Darwin, Ypres y el Somme, la religión cristiana respondió a esas necesidades. El temor del Señor fue el principio de la sabiduría, y el servicio devoto de Cristo fue la libertad perfecta. La fe ofreció vida eterna y ayudó a las personas a aceptar la muerte temporal como algo normal. Esta creencia ayudó a sostener la libertad terrenal porque, como señaló Edmund Burke, el hombre que realmente teme a Dios no temerá nada más. Ningún déspota puede llegar muy lejos si hay tales hombres en cualquier número.

Pero cada vez menos creían eso, y la necesidad de algo que lo reemplazara tuvo mucho que ver con el surgimiento de movimientos autoritarios en una Europa cada vez más secularizada en la década de 1930. Después del cinismo y la aceptación que el fin justifica los medios promovidos por la Segunda Guerra Mundial, el laicismo creció aún más.

Pero durante 50 años la amenaza soviética y nuclear proporcionó un sustituto: un Armagedón al que temer y una razón para reunir al Estado en los países libres de Occidente. Proporcionó una ventaja inesperada, que nos protegió a todos aunque no nos dimos cuenta en ese momento. Dado que la URSS era el arsenal de la represión, la libertad política en las tierras occidentales estuvo bajo protección especial mientras el Kremlin fuera nuestro enemigo. La libertad era, supuestamente, lo que luchamos y defendimos. Los gobiernos que afirman estar protegiéndonos de la tiranía soviética no podrían llegar muy lejos en limitar la libertad en su propio territorio, por mucho que lo hubieran querido.

Esa protección terminó cuando cayó el Muro de Berlín. En el mismo momento extraordinario, el colapso del comunismo ruso liberó a los radicales revolucionarios en todo el mundo occidental. El estado espantoso y fallido de Brezhnev ya no podía ser colgado del cuello como un albatros putrefacto. Ya no se los consideraba posibles traidores simplemente porque eran de izquierda. Eric Hobsbawm, y otros como él, podrían por fin unirse al establecimiento. De hecho, fortalezas del establishment como la BBC ahora daban la bienvenida a izquierdistas políticos y culturales a sus niveles superiores.

El replanteamiento de la revolución de Antonio Gramsci - tomar la universidad, la escuela, la estación de televisión, el periódico, la iglesia, el teatro, en lugar de los cuarteles, la estación de tren y la oficina de correos - podría finalmente ponerse en marcha. En ese momento, la larga marcha de los izquierdistas de los sesenta a través de las instituciones comenzó a alcanzar su objetivo, ya que se trasladaron a los puestos importantes por primera vez. Y así, una de las principales protecciones de la libertad y la razón desapareció, exactamente cuando más se necesitaba.

La burlona cobertura de la BBC sobre la llegada del régimen de Blair a Downing Street, con su multitud falsa al estilo norcoreano agitando los Union Jacks que despreciaban, y la atmósfera del nuevo amanecer no era tan ridícula como parecía. Mayo de 1997 fue verdaderamente un cambio de régimen. Los utopistas iliberales realmente estaban cada vez más a cargo, y la Revolución Cultural por fin tuvo fuerza política.

Luego vino el nuevo enemigo, la amenaza siempre cambiante y sin forma del terrorismo, contra la cual casi todos los medios estaban justificados. Para combatir esto, renunciamos voluntariamente al Habeas Corpus y a la presunción real de inocencia, y nos dejamos tratar como si fuéramos presos recién condenados cada vez que pasábamos por un aeropuerto.

Aquellos que piensan que la era de las mascarillas pronto terminará, les gustaría recordar que las precauciones irracionales de la "seguridad" del aeropuerto (casi completamente inútiles una vez que se ha introducido la simple precaución de negarse a abrir la puerta de la cabina de vuelo) no sólo permaneció en su lugar desde septiembre de 2001: se han intensificado. Sin embargo, en general, son

casi populares. Aquellos que murmuran en contra de ellos, como lo hago a veces, enfrentan serios sermones de nuestros conciudadanos que insinúan que somos irresponsables y descuidados.

Ahora, un nuevo miedo, aún más informe, invisible, perpetuo (y difícil de vencer, ¿cómo se puede eliminar un virus?) Que al-Qaeda o Isis, ha llegado a nuestro medio. Casi no hay una mala acción que no pueda excusarse, incluido el estrangulamiento de una economía ya inestable por la que aquellos excéntricos o lo suficientemente afortunados como para seguir trabajando pagarán durante décadas. Millones han recibido este nuevo peligro como una excusa para abandonar una libertad que de todos modos no les importaba mucho.

Como nación, ahora producimos más miedo del que podemos consumir localmente, escondiéndonos en nuestros hogares mientras la sociedad civil se evapora. Hacemos cola felices para entregar nuestra libertad y para recoger nuestros bozales y nuestras identificaciones digitales. Y aquellos de nosotros que gritamos, hasta que nos quedamos roncros, para decir que esto es una catástrofe, nos encontramos con encogimientos de hombros por parte de las clases parlanchinas, y gruñidos de “solo ponte la maldita máscara” de la multitud. Si no me hubiera desesperado hace mucho tiempo, lo estaría ahora.

Este artículo está extraído de la edición de octubre de *The Critic*.

Traducido automáticamente por Google Translate.

fuelle: <https://thecritic.co.uk/issues/october-2020/democracy-muzzled/>